

me, esposo mío, respetarán tu infortunio; y si una sola voz osara levantarse para zaherirte, otras ciento acudirían á tu defensa, otras ciento de cuantos desdichados han recibido tus beneficios. Si hoy te es adversa la fortuna, mañana podrá sonreírte. Para vencer al presente, bastan las virtudes del pasado y las esperanzas del porvenir.

La jóven esposa estaba hechicera y como inspirada cuando pronunció sus últimas frases.

Su voz tenia un *no sé qué* tan penetrante, que á guisa de benéfico bálsamo bañó el herido corazón del pobre viejo.

—Sí, es verdad — repuso este abrazando á su esposa con emoción — es imposible que sesenta años de probidad se pierdan en un solo día. No te separes de mí, Matilde, hija de mi alma... háblame siempre como ahora... ¡Es tan elocuente la inocencia!... Solo tu candor es capaz de darme resignación y aliento.

Prolongóse esta conversacion entre recíprocas y cordiales caricias que reanimaron el corazón abatido del banquero, y pasó aquel día con menos amargura de la que era de temer.



## CAPITULO XI.

### LA BUENA NOTICIA.

El día siguiente, poco después de haber recibido la correspondencia, salió el honrado banquero de su despacho en busca de su esposa.

El rostro del banquero estaba radiante de alegría.

Habia en sus facciones tal espresion de felicidad, que semejaba haber vuelto á los verdes años de su juventud.

No parecia aquel hombre abatido bajo el peso de un infortunio horrible.

Al ver á Matilde corrió hácia ella sin que se lo estorbára su avanzada edad, y con voz sonora le dijo:

—Gracias, hija mia, gracias. Bien sabia yo que tus palabras de consuelo eran el prelude de mi felicidad. Me he salvado.

—¿Han pagado tus deudores?—preguntó Matilde llena de gozo.

—No, pero es de esperar que en la junta de acreedores que

hoy ha de celebrarse, se haga un arreglo razonable. No es esto lo que me saca del apuro.

—¿Pues qué ocurre?

—Una señora generosa pone á mi disposicion la cantidad que necesite para cubrir todos mis compromisos. Su hijo llegará dentro de dos dias en mi socorro.

—¡Bendita sea tanta generosidad!

—Se trata solo de un préstamo, y ya tenia yo alguna esperanza de que esto sucederia, porque en otro tiempo salvé yo tambien la vida del esposo de esa señora, del padre de ese jóven que vá á llegar. Con todo, como en el dia abundan tanto los ingratos y olvidadizos, no me atreví ayer á indicarte que habia participado mi desgracia á estas personas. Fué sin duda una inspiracion del cielo el escribirles. Me contesta la señora en cuestion en los términos mas satisfactorios, y me asegura que estará en Madrid su hijo pasado mañana.

—¿Será preciso darle hospedaje en casa, no es verdad?

—Por supuesto.

—Queda de mi cargo el arreglarle la habitacion con la mas esquisita elegancia. Pondré en ella los mejores muebles. Todo lo merece la persona que te ha devuelto la tranquilidad.

—Sí, hija mia, esmérate mucho en obsequiarle. Cuanto hagas en favor de ese amigo, te lo agradeceré como los afanes que á mí propio me prodigas. No olvides que es nuestro bienhechor.

—¡Alma noble y generosa!

—Califico de bienhechor á ese jóven, porque es el mensajero de nuestra felicidad; pero quien verdaderamente ha sido nuestro ángel de salvacion es su madre. ¡Qué señora tan buena! Y muy hermosa al mismo tiempo. Todo lo reúne, discrecion, belleza, ama-

bilidad.... ¡Oh! no hay virtud que no posea.

—¡Oiga! — exclamó sonriéndose Matilde — muy apasionado te muestras de esa señora.

—Perdóname, hija mia, si te molesto con elogios dirigidos á otra mujer.

—Habrás tenido íntimas relaciones con ella, cuando con tanto ardor la alabas.

—Si no temiera ponerme en ridiculo por lo poco que valgo, te preguntaria si tienes celos.

—Quién sabe — repuso con donoso candor la jóven esposa. — Para un favor tan grande como el que esa señora te dispensa, es preciso que haya habido entre tú y ella una estrecha amistad.

—Es cierto, querida mia, ha habido una estrecha amistad entre los dos.

—Veo que eres franco; pero acaso no lo serás de igual modo en contestacion á la pregunta que voy á dirigirte.

—¿Qué pregunta es esa, maliciosilla?

—¿Y no pasaron nunca de amistad vuestras relaciones? ¿No hubo jamás en ellas algun destello de amor?

—¡Oh! jamás, jamás, Matilde — respondió en tono muy formal don Fermin.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Me basta que sencillamente lo afirmes para que lo crea. Pero ¿cómo nunca me has hablado de esas relaciones?

—Es verdaderamente singular que no te haya hablado de ellas alguna vez. ¿Qué quieres? todo lo olvido á tu lado. No me acuerdo de nada, absolutamente de nada mas que de amarte y hacerte dichosa.

— Es verdad, todas tus acciones me lo acreditan, y soy tan ingrata, que en vez de mostrarme reconocida á tus inmensas bondades, te molesto con sospechas infundadas.

— ¿Pero de veras pudiste sospechar un momento que tenia este pobre viejo otros amores?

— No, Fermin; estoy segura de que tu amor es para mí sola; pero sospechaba si habrias querido á esa señora antes de conocerme.

— Te he dicho mil veces, Matilde mia, que ninguna mujer me ha inspirado amor hasta que conocí tus virtudes. Te confieso que en mi juventud era, como todos los jóvenes, aficionado á galanteos; pero jamás en ellos se interesó el corazón. Así llegué soltero á una edad avanzada, y hubiera muerto en el celibato, á no aburrirme el estado de aislamiento en que últimamente me veia. Tenia formado un concepto muy desventajoso de las mujeres.

— Mil gracias por la parte que me toca—dijo con donosura Matilde.

— Y precisamente á la señora de quien venimos hablando, debí la completa metamorfosis de mi opinion acerca del bello sexo. ¡Oh! si tú la conocieras, harias justicia á su mérito.

— Las mujeres rara vez reconocemos el mérito de las demás. ¡Somos tan egoistas!

— Estoy seguro que las virtudes de nuestra bienhechora te encantarian. Y.... como iba diciendo, á ella debí la dicha de casarme contigo, como le debo ahora la salvacion de mi fortuna y de mi honor.

— ¿Sabes que se van haciendo interesantes tus misteriosas palabras, amigo mio?

— Escucha: te he dicho ya que salvé la vida al esposo de esa señora.

— Sí; pero no me has dicho de qué modo.

— No tiene mérito alguno; cualquiera hubiera hecho otro tanto. Fué uno de los comprometidos en el pronunciamiento que fracasó el 26 de marzo de 1848, y huyendo de sus perseguidores, la casualidad le trajo á mi casa. Era un caballero muy noble y muy rico: yo no lo sabia entonces, y le di hospitalidad como se la hubiera dado al mas infeliz fugitivo.

— ¡Siempre generoso!

— Vamos al caso: antes de proporcionarle pasaporte y cartas de recomendacion y crédito para mis correspondientes de París, tuvimos ocasion de conocernos y de simpatizar de una manera, que en una sola noche que estuvimos juntos se inauguró entre nosotros la mas franca y verdadera amistad. Entonces fué cuando le manifesté yo mi opinion sobre el matrimonio, y él me contó la historia de sus amores. Buscó para esposa á una niña de humilde condicion, y es tan feliz con ella, y me ponderó tanto el acierto de su eleccion, que hizo nacer en mí el deseo de imitarle. Tal vez este deseo no se hubiera realizado; pero tú sabes por qué casualidad te conocí... y en qué estado, hija mia...

— ¡Oh! no lo olvidaré nunca—esclamó Matilde enjugándose una lágrima.

— Pues bien, hallé en tí la jóven que buscaba.

— ¿Con que esa señora que te proporciona ahora tantas riquezas, ha sido pobre como yo?

— Sí, Matilde, ha sido pobre como tú; y siempre agradecida á su esposo que la sacó de la indigencia, se ha esmerado y se esmera en hacerle feliz. Era pobre como tú, era hermosa como tú, tenia discrecion como tú, hija mia, y ama con delirio á su bienhechor. Bendigo la hora en que seguí el ejemplo de mi buen amigo,

porque no dudo que tú eres y serás siempre tan virtuosa como su mujer.

—No lo dudes, esposo mio, siempre te seré fiel y agradecida; y solo por lo que acabas de referirme, simpatizo ya con esa señora que hace poco me inspiraba celos, y la quiero como á una hermana, como un modelo de virtudes á quien sabré imitar.

—Ya ves pues, Matilde, cuántos motivos de reconocimiento nos asisten para recibir dignamente al hijo de nuestra protectora. Debe ser ya un gallardo jóven. Le conocí muy niño, y se iba pareciendo mucho á su padre, que ha sido de los mejores mozos de Madrid.

—Tienes razon, es preciso dar una prueba de nuestra gratitud á esa generosa familia. Recibiré á ese jóven como se merece, porque, efectivamente, tú lo has dicho hace poco, es el mensajero de nuestra felicidad.

—Sí, lo es, Matilde, lo es. ¿Qué hubiera sido de mí sin su venida? El dolor y la vergüenza hubieran acabado con este pobre viejo.

—Pues ahora ya no eres pobre, y no hay motivo para recordar tus apuros toda vez que han cesado desde la generosa accion de nuestros amigos. Y tambien haces muy mal en llamarte viejo, que no son los años los que envejecen, sino la falta de salud. Tranquiliza pues tu ánimo y procura estar siempre jovial como sueles para vivir mucho y cuidar de esta pobre huérfana, que no tiene mas amparo que tu amor en este mundo.

—Mi situacion era tan crítica...

—Ya lo sé; pero...

—No me hubiera sido posible sobrevivir á tamaña afrenta. Primero la muerte que la deshonra!

—No me hables de tu muerte—dijo enternecida la jóven esposa—no me hables nunca de tu muerte... me horroriza semejante idea.

—La muerte—respondió tranquilamente el anciano—es el recurso de un comerciante arruinado..... es su rehabilitacion, no hay para él mas esperanza que el respeto debido á una tumba.

Quedóse un instante pensativo, y observando luego que Matilde estaba anegada en llanto, la abrazó con ternura y le preguntó conmovido:

—¿Por qué lloras de ese modo, hija mia? Tranquilízate... nada tienes ya que temer supuesto que soy dichoso. La adversidad ha huido de esta casa... Es preciso dar gracias á Dios!

Matilde cayó de rodillas, y juntando las manos, comenzó á orar.

El viejo á su lado inclinó su canosa y venerable cabeza.

Ambos formaban un grupo tierno y solemne.

La religion, la piedad y la gratitud brillaban en aquellas dos plegarias enlazadas entre sí.

Levantóse Matilde.

Su rostro conservaba cierta espresion de tristeza que daba á su sonrisa el sello del dolor.

La palabra MUERTE que acababa de oír, habíala llenado de indecible terror.

Pareciale que á su pesar la oía repetir, y era que resonaba acerbamente en su alma.

La idea de la muerte no habia jamás ocupado su fantasia.

¡Era tan jóven!...

Sus ojos estaban ya secos; pero su corazon lloraba aun.

—Te lo suplico encarecidamente, Fermin—dijo con dulzura

á su marido—abandona esa vida activa y azarosa que tantas inquietudes puede causarte. Ya es tiempo de que logres algun descanso. Huyamos de Madrid. En cualquier pueblecillo viviremos sosegadamente sin zozobra alguna, ni mas afanes que hacernos mutuamente dichosos.

—Lo veremos, Matilde. Yo soy dichoso en todas partes, con tal de que tú estés á mi lado.

—Yo no puedo ser dichosa en Madrid.

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

El banquero ciñó con sus manos las sienes de su esposa, imprimió un beso en su frente, y se retiraba á su despacho, cuando le avisó un criado que varios caballeros deseaban verle.

—Que entren en mi despacho—dijo el banquero, y dirigiendo otra mirada afectuosa á su Matilde, se ausentó.

Matilde se encaminó tristemente á su tocador pensando en aquellas horribles palabras de su marido: LA MUERTE ES EL RECURSO DE UN COMERCIANTE ARRUINADO.



## CAPITULO XII.

### ODIO AL GOBIERNO CRIMINAL.

Los caballeros á quienes acababa de recibir en su despacho don Fermin del Valle, eran unos amigos que deseaban firmase una esposicion á la reina, que contra la conducta del ministerio dirigian las personas mas notables de Madrid.

—Señores—alegó el banquero—aunque me he retraido siempre de mezclarme en asuntos políticos, no tengo reparo en firmar cualquiera esposicion que juzguen ustedes conveniente al pais, y mas viendo en ella tantas firmas de personas honradas y notables por su alta posicion social.

—Interesa á todos los buenos españoles—dijo uno de aquellos caballeros—declararse contra la inmoralidad del actual gabinete que no puede merecer las simpatías de ningun partido. Por eso todos le odian, moderados y progresistas; pero es tal su cinismo, que